

†  
JHS

# BOLETIN OFICIAL

DEL

## OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV

20 MAYO 1943

NÚMERO 6

### DOCUMENTOS DE LA SANTA SEDE

#### CARTA AL SEÑOR CARDENAL SECRETARIO ENCARGANDO ORACIONES POR LA PAZ

**A**nuestro amado hijo el Cardenal Luis Maglione, Secretario nuestro de Estado. Amado hijo nuestro, salud y bendición Apostólica. Todos los años, desde que estalló esta guerra encarnizada que se ha extendido a casi todo el mundo, al acercarse el mes de mayo hemos exhortado por tu medio a todos los cristianos, y en especial a los niños inocentes a Nos tan queridos, a pedir con insistencia a la Santísima Virgen, en santa porfía de oraciones, que obtenga, benigna, de Dios la paz invocada por todos. Y aunque todavía no haya cesado este conflicto mortífero que no sólo hace riza entre los ejércitos, sino que enrojece con sangre de hermanos aun las pacificas ciudades, no por eso han que decaer de ánimo ni desistir de las súplicas devotas; sino que por el contrario, a medida que crece de día en día el cúmulo de tan dolorosas desventuras, cuanto más potente cunde la violencia del odio que se enciende en el corazón de muchos, tanto más necesario es volverse con la oración y la penitencia a Dios, el único que puede no sólo infundir la luz de la caridad cristiana en las almas exci-



tadas por el odio, sino también, calmada la furia de las pasiones, devolver a los pueblos la mutua concordia.

Pero, como tú ya lo sabes, no basta hacerse propicio a Dios con oraciones, ni basta invocar con plegarias el patrocinio y la ayuda de la Virgen Santísima, Madre de Jesucristo y Madre nuestra; que algo más exige de todos nosotros esta larga y tremenda mortandad que parece sacudir los cimientos mismos de la sociedad humana amenazando arrastrarla a una ruina irreparable.

Y ante todo es necesario que cada cual considere atentamente y reconozca que esta guerra, tal vez la mayor desde la creación del mundo, no viene a ser sino el castigo merecido por la violación de la justicia divina. Porque de hecho muchas veces se puede ver en nuestros días que la inteligencia humana, engreída de su poder, niega a Dios el homenaje que le es debido; y que por lo mismo los hombres descuidan cuando no desprecian sus sacrosantos deberes para con Dios, menospreciando los principios de la sabiduría evangélica como cosas trasnochadas e indignas de una época adelantada y afanándose continuamente porque en esta vida efímera abunden las comodidades, las riquezas y toda suerte de placeres sin cuidarse para nada de la vida eterna. Pero si se desprecia la primera y eterna norma de un Dios legislador y juez, ¿qué otra ley podrá regular las costumbres privadas y públicas? ¿Qué otra norma podrá constituir el principio y fundamento de la misma sociedad dándole seguridad y firmeza? Ninguna, ciertamente; ya que si se abandona la Religión y la probidad, seguirán inevitablemente en la vida el desorden y la anarquía.

Por lo tanto, si se han cometido yerros, hay que volver al camino verdadero; si la apariencia de falsas doctrinas ha seducido y ofuscado muchas almas, hay que disipar las tinieblas del error con la luz de la verdad; si, finalmente, muchos, distraídos por las cosas terrenas, han descuidado los santísimos deberes de las virtudes cristianas y el culto divino, es necesario que escarmienten y se empeñen con todas sus fuerzas en adquirir, antes que nada, los bienes más importantes y que di-



cen relación a la vida eterna. Esta debería ser la común y santa cruzada de todos, cruzada que tienda a hacer que las costumbres de los individuos y de las naciones sean conformes a la doctrina de Jesucristo y a obtener que se observen lo más posible sus mandamientos en la vida de cada día. Esto es lo que deben llevar a cabo los que no sólo desean su propia salvación, sino que suspiran por que la paz, la tranquilidad y la prosperidad vuelvan por fin a brillar sobre el mundo.

Ciertamente que si cada uno procura cumplir este su deber en cuanto le será posible, tanto más agradables y aceptas serán las oraciones dirigidas a Dios y a su Santísima Madre.

Por lo cual todos, animados por tan saludables propósitos, acudan a los altares de la Virgen Madre de Dios durante el próximo mes, a Ella especialmente consagrado, y no sólo le ofrezcan las flores de los campos y de los jardines, ni sólo le presenten sus propias plegarias suplicantes, sino también el propósito de una vida más morigerada y más santa, en la persuasión de que nada puede ser más agradable al Divino Redentor y nada más grato a su excelsa Madre.

El pasado mes de octubre Nós hemos ofrecido, confiado y consagrado al Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen a la Santa Iglesia, Cuerpo místico de Jesucristo llagado con tantas heridas, y al mismo tiempo a todo el mundo que, encendido en odio y exacerbado por la contienda, está pagando sus propias iniquidades; y hemos sabido con sumo consuelo de nuestro corazón paterno que ese mismo acto devoto ha sido repetido casi en todas partes por los Obispos, por los sagrados ministros y por las muchedumbres del pueblo cristiano. Pero si casi todos los cristianos se han consagrado espontáneamente al Corazón Inmaculado de la Virgen María, es menester también que con decidido empeño se uniformen al mismo, si quieren de veras que la Bienaventurada Virgen escuche con benevolencia sus plegarias. Y de esta manera, bien dispuestos, con devoción y amor, no sólo los que en la flor de la infancia están rodeados de inocencia y gracia, sino todos los fieles, durante el próximo mes de mayo, imploren de modo especial de



la Madre celestial con renovado apremio que triunfe y reine en las almas de los hombres reconciliados el amor fraterno; que los vicios cedan a la virtud, las armas a la justicia, la violencia desenfrenada a la reflexión serena; y que por fin, aplacadas las olas de esta furiosa tempestad, todas las gentes vuelvan a la paz, a la concordia, a Cristo, el único que con su doctrina sobrenatural e infalible puede dar seguridad inconmovible al fundamento de la sociedad humana y el único que tiene palabras de vida eterna.

Nós abrigamos grandes esperanzas en esta santa porfía de oraciones; y por eso también este año te confiamos a tí, amado hijo nuestro, el honroso encargo de hacer llegar por los medios que crearás más oportunos esta nuestra paternal exhortación a conocimiento de todos, sobre todo de los pastores sagrados del orbe católico, quienes sin duda tendrán la solicitud no sólo de exponerla con diligencia a sus fieles, sino también de ponerla en práctica con todo cuidado.

Por eso a tí, amado hijo nuestro, y a todos cuantos quieran acoger filialmente nuestra invitación y especialmente a los niños, para Nós queridísimos, damos de todo corazón en el Señor, como auspicio de celestiales favores y en prenda de nuestra paternal benevolencia, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 15 de abril de 1943, año quinto de nuestro pontificado.

---

**Nota:** Léase esta Carta en las iglesias, en la primera oportunidad.